



Donald Rayfield

Stalin y los verdugos

Título original: Stalin and the hangmen

Traducción: Amadeo Diéguez Rodríguez y Miguel Martínez-Lage.

Ed. Taurus. Historia

Madrid, 2003

618 páginas

Por Luis Miguel Úbeda

Sugestivo y acertado acercamiento a Stalin de este catedrático británico de la Universidad de Londres, quien por su formación de lexicógrafo, especialista en Chejov y literaturas rusa y georgiana, no era el más predispuesto a escribir una biografía de Stalin y los jefes del KGB, salvo por el tono de *creación* de los crímenes stalinistas, más próximos a una fantástica fabulación que a una investigación histórica.

Pertenece este libro a la nueva serie bibliográfica sobre la URSS que se beneficia de la apertura parcial de los archivos centrales y de las antiguas repúblicas, como el de Historia Sociopolítica, que incluye los del PCUS y el Centro Ruso para la Conservación y el Estudio de los Documentos de la Historia Moderna, o los Centrales del Estado de Georgia, donde hay material, dice Rayfield, para “mantener ocupadas a siete sirvientas con siete bayetas durante siete mil años”.

Este Stalin está documentado con legajos, cartas y otros materiales de archivos hasta ahora cerrados, pero también bebe de los “clásicos”, muy especialmente *El Gran Terror*, de Robert Conquest, editado en España en 1974 por Caralt, cuando no se disponía más que de una mínima fracción de lo que se dispone hoy en día.

El enfoque de este libro es la investigación del stalinismo a partir de los jefes de los servicios de seguridad que ayudaron a Yoseb Dzhughashvili a crearlo y mantenerlo. Se parte de la tesis implícita de que la titánica obra de imponer el poder absoluto solo pudo hacerse con la ayuda de un puñado de hombres decididos y sin escrúpulos que se pusieron a su servicio en cuerpo y alma, cuyas biografías están inextricablemente fundidas con las del georgiano. Stalin se ocupa de los fines y sus hombres de los medios, sostiene el autor, pero como los “fines determinan los medios”, las acciones y motivaciones de estos hombres arrojan una luz reveladora sobre la tiranía de Stalin”.

En su galería de “fanáticos, cínicos, sádicos y cobardes morales”, desfilan, por riguroso orden de aparición: Dzierzynski, Menzhinski, Yagoda, Yezhov y Beria (se respeta la grafía del autor), “instrumentos de una mente más malévola que la suya”, porque no bastaba el mero cálculo para compartir el destino con Stalin, dice Rayfield, “hacía falta, además, un miedo extremo, cierto sadismo, una mente delirante o la imbecilidad moral”.

Hay en este acercamiento al stalinismo primero un tratamiento político, aquí, la desfiguración del adversario para su posterior liquidación, que lleva implícito no ya el desprecio absoluto de la ley, sino de la idea misma de legalidad, no digamos de la democracia, la decencia y la moral.

En una carta a Molotov el mismo Stalin instruye sin demasiados remilgos sobre cómo saltarse el venerado centralismo democrático en el partido. El georgiano se pregunta por qué si una minoría del comité central tiene razón debería someterse a la mayoría. Como nunca se ha visto que la minoría expulse a una mayoría, argumenta Stalin, primero se expulsa a una parte, luego a otra y así sucesivamente hasta que la “minoría de la mayoría acaba quedándose en el comité central”. Eso sí, todo gradualmente “en el marco del centralismo democrático” y “sin ninguna infracción formal de las reglas”.

Aunque en lo abstracto el contenido de esa carta podría sonar a pura jactancia, el paso del tiempo juega a nuestro favor para saber que no es solo eso. Que hay ahí una práctica rigurosamente aplicada no solo en el plano político de lucha entre tendencias, sino que añade una dimensión muy perversa, no privativa de Stalin, que retrata a un partido no democrático.

Dice Rayfield: “Los límites entre la expropiación y el robo, entre la ejecución y el asesinato, entre las maniobras tácticas y la traición son borrosos, y la mayoría de los revolucionarios los confundieron o los traspasaron. Stalin se diferencia de Lenin, Trotski, Svérldlov o los demás revolucionarios solo por su disposición a tomar medidas criminales como primero y no como último recurso y por utilizarlas tanto con sus íntimos como con extraños”.

Stalin es el hilo conductor de la obra, el hombre destinado a la conquista del poder absoluto en pugna con otros que compartían sus mismos códigos, aunque no su decisión y audacia. El georgiano impondría sus métodos y su *ley* al Estado soviético hasta sus últimas consecuencias y luego los exportaría y reproduciría hasta el infinito en el movimiento comunista internacional.

En el primer capítulo biográfico aparecen datos tan reveladores para esbozar su personalidad patológica como el suicidio de su esposa en el Kremlin o la captura y asesinato de su primogénito por los nazis, un poco conocido episodio con aroma legendario tipo Guzmán el Bueno o general Moscardó.

Hay constantes alusiones al loco, al psicópata, al sádico, al irritable Stalin, pero el mayor interés del libro reside en esos patrones que se repiten en los jefes de la represión. Aunque la lectura se siga como pura historia, tiene un algo de obra de *ficción*, porque la acumulación de crímenes, las demenciales acusaciones, las argumentaciones perversas, la locura criminal de los protagonistas (verdugos pero también numerosas víctimas, sobre todo si procedían del bolchevismo) llevan al lector por un intrincado y alucinado laberinto. Porque la reiteración de millones de crímenes arbitrarios increíblemente dictados por el capricho, el abuso de autoridad, el desprecio por las personas de carne y hueso convertirían la narración en inverosímil si desconociéramos la historia del movimiento comunista internacional.

No busquen análisis de política exterior, insuficientes o errados, como cuando dice que Trotski “prevalecía entre los partidarios de la República” española. Sumérjense en el desvarío del terror y la abyección de los hombres que colaboraron, toleraron, callaron, justificaron, se beneficiaron o sucumbieron por él. El patrón se repite: acusaciones fabricadas, búsqueda de la complicidad de las víctimas, en muchos casos no como simple farsa para convencer a la opinión pública extranjera o local (si ese concepto llegó a existir alguna vez), la medieval “mutua responsabilidad” (*krugovaia poruka*) rescatada por Lenin y Dzierzynski, que extendía las culpas de un reo a cónyuge, hijos, padres, amigos y a veces hasta vecinos.

En unos casos, los acusados asumían imputaciones ridículas con tal de salvar a la familia, una evidencia transparente de la forma en que chantajeaban los interrogadores soviéticos. Pocas veces los salvaban. Pero en otras, conseguían que el propio acusado propusiera adelantarse a los verdugos de Stalin, como cuando Piatakov pidió a Yezhov liquidar a su esposa con sus propias manos por desviación.

Esclarecedor es este pasaje de una carta de Stalin a Menzhinski: “¿Considerarían los caballeros acusados (Ríkov y Tomski) la posibilidad de confesar *errores* y cubrirse apropiadamente de mierda desde el punto de vista político reconociendo a un tiempo la solidez del poder soviético y que los métodos de colectivización son correctos? No estaría nada mal”.

Se equivoca, no obstante, Rayfield cuando señala como “meramente ideológica” la represión de la colectivización y la liquidación de los *kulaks* en contraste con los crímenes de la guerra civil, que se adscribirían a la “necesidad, a la lógica de los acontecimientos”.

La explicación de Rayfield va a contracorriente de lo que el autor defiende a lo largo del libro. Porque los crímenes y las atrocidades de la guerra civil no fueron consecuencia ineluctable de unas circunstancias más o menos fortuitas, ni de la resistencia de la burguesía a perder sus privilegios, como cuentan manuales stalinistas.

Por el contrario, la guerra civil y las prácticas terroristas fueron introducidas “desde fuera” de la sociedad, que suscribiría un apócrifo Lenin. Los bolcheviques practicaron esas tácticas en una puja permanente contra sus enemigos que encajan perfectamente en la idea leninista de la guerra de clases y la dictadura sobre el enemigo. El terror rojo no fue una respuesta a un terror blanco, sino una estrategia política definida, una apuesta permanentemente al alza para hacer desistir al enemigo.

Primero hubo un crimen intelectual y luego se hizo carne. Lo diría el fundador de la Cheka en 1918: “Mi pensamiento me ordena ser terrible y tengo el propósito de seguir mi pensamiento hasta el final”. Vaya si lo hizo.